

GERMÁN ROJAS

Jefe de la Oficina de FAO para España y Andorra

LOS DESAFÍOS DEL PROBLEMA DEL HAMBRE EN EL MUNDO

21 de febrero de 2007



230 ANIVERSARIO



EL DIRECTOR
DE LA REAL SOCIEDAD ECONOMICA DE AMIGOS DEL PAIS

Se complace en invitarle a la Conferencia que se celebrará el día 21 de febrero, a las 19:30 horas en el Aula Magna de la Universitat de València, Estudi General, c/ Universitat, 2, y en la que intervendrá:

D. Germán Rojas

Jefe de la Oficina de FAO para España y Andorra

Sobre el Tema: **“Los desafíos del problema del hambre en el mundo”**

Colabora:  Bancaja

<http://www.rseapv.org>

Valencia, febrero de 2007

PRESENTACIÓN

José María García Álvarez-Coque

Miembro de la Junta de Gobierno de la RSEAPV

Bienvenidos a esta conferencia sobre el problema del hambre en el mundo. El tema no es nuevo para la Económica. La Sociedad en los últimos años ha participado en las actividades a favor de lograr los llamados “objetivos del milenio”, en coalición con otras entidades agrupadas en la plataforma *Valencians Solidaris*. En particular, se trata de unir esfuerzos para erradicar la pobreza extrema y el hambre que todavía afecta a cientos de millones de personas en todo el planeta.

Tratando de nuevo este tema, la Económica sigue siendo fiel a su tradición de contribuir a la aplicación del conocimiento en beneficio de la sociedad como así lo hicieron sus fundadores en 1776, un grupo de personas que seguían los ideales de la Ilustración, la razón y la modernidad. De este modo pueden entenderse proyectos como la creación de la primera Cátedra de Agricultura en 1818, así como la insistencia de la Económica en coordinar los esfuerzos de la agricultura con los esfuerzos en las artes y en las industrias, conduciendo a un desarrollo integral de la persona y de la sociedad. Al igual que los fundadores de la Económica, la generación actual sigue aspirando a una felicidad compartida por todos, en un mundo donde la pobreza sea eliminada y nadie sufra exclusión. Y lo hacemos confiando en una sociedad civil articulada y en acción.

Pero la acción no impide reflexión, y materias como el futuro de la alimentación en el planeta, el papel de la ayuda alimentaria, la influencia de la PAC en los mercados internacionales, el papel de los países emergentes, la transferencia de una tecnología sostenible en el campo, la situación de las mujeres y de la pobreza rural, entre otros temas, han dejado de ser ajenos para los valencianos.

Por ello nos es grato recibir la visita de Germán Rojas. El Sr. Rojas es licenciado en la academia diplomática de Chile y fue funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores durante los años 1972 y 1973. Desde entonces los avatares de la historia y su propia trayectoria lo llevaron a

estudiar ciencias políticas en Oslo, para más tarde incorporarse al Centro de investigación para el Desarrollo en Francia y acabar ejerciendo de consultor de la FAO en temas agrarios y rurales durante largo tiempo. Ha sido Secretario del Comité Asesor del Director General de la FAO para el Día Mundial de la Alimentación. Ha sido responsable de la política de comunicación corporativa de la FAO para América Latina. Ha coordinado las campañas Telefood orientadas a recabar fondos para proyectos de mejora de la seguridad alimentaria en el mundo.

Nuestra cordial bienvenida a Valencia al Sr. Rojas, en una de sus primeras actuaciones en España como Jefe de la recientemente creada Oficina de Información de la FAO en España, la que aspira a dar a conocer la labor de la FAO a la opinión pública española.



La mesa estuvo presidida por el Director de la Económica, D. Francisco Oltra, que presentó el acto y el Presidente de la Comisión de Economía y Empresa de la Económica, D. José María García Álvarez-Coque, que glosó la figura del conferenciante.

LOS DESAFIOS DEL PROBLEMA DEL HAMBRE EN EL MUNDO

Germán Rojas

Jefe de la Oficina de FAO para España y Andorra

En primer lugar deseo agradecer a Francisco Oltra, Director de la Real Sociedad Económica de Amigos del País y a Francisco Javier Edo, Vice Presidente de la Plataforma del Voluntariado de Comunidad Valenciana por la invitación extendida. Y a José María García Álvarez-Coque por la presentación que ha realizado.

Como introducción, deseo emplazar el problema del hambre en el contexto más general del momento histórico que estamos viviendo y de la situación internacional que caracteriza el tiempo presente. Como no existe una verdad única y valedera para todo tiempo y lugar, todo lo que yo diga hoy es rebatible porque ante cada cosa que se afirme uno puede encontrar al menos un ejemplo que lo niegue. Por último, vivimos una etapa histórica en la que nuestra capacidad de “imaginación sociológica” (como diría el sociólogo Wright Mills) está desbordada por la cantidad de estímulos, fenómenos, hechos, innovaciones que nos bombardean cotidianamente. Esto agobia al género humano y ello nos lleva a cerrarnos en nosotros tantas veces para no pensar. Y lo que quisiera esta noche es precisamente lo contrario: que pensemos, que reflexionemos juntos sobre los desafíos que la humanidad tiene por delante y de los cuales el hambre es sólo uno de ellos.

El inicio de este siglo XXI nos sorprendió en una actitud optimista, haciéndonos pensar que desaparecido el fantasma de la guerra fría, sostenida en el equilibrio bipolar de dos grandes superpotencias, el panorama internacional que se presentaba ante nuestros ojos mostraba que se daban grandes condiciones para avanzar por el camino de la paz y el progreso de la humanidad. No creo que fuese predominante la visión de Francis Fukuyama quien nos hablaba entonces de “El fin de la Historia”. Pero se compartía un sentimiento de alivio pensando que se alejaba el fantasma de la tercera guerra mundial, que combatida con armamento nuclear dejaba poca esperanza al futuro del género humano.

Me parece importante subrayar desde el inicio que yo parto de la hipótesis central de que no estamos viviendo una época de cambios, sino un cambio de época. Y esto no es simple retórica ni juego de palabras. Como toda reflexión que se hace sobre las épocas requiere de un análisis de largo alcance. Me parece que para llegar a comprender en toda su dimensión esta afirmación del “cambio de época”, es necesario remontarse a una interpretación del siglo XX a través de la filosofía o el desarrollo del pensamiento a lo largo del siglo recién pasado.

Del punto de vista del pensamiento del siglo XX, arbitrariamente fijo como punto de partida al filósofo alemán Federico Nietzsche, vituperado como loco e inspirador del nazismo, pero en mi opinión personaje clave para entender los tiempos que vivimos. Postula la muerte de Dios en su obra “Humano, demasiado humano” que data de 1878. Pero la muerte de Dios no hay que entenderla en sentido literal, sino en sentido figurado. Lo que él quiso decir es que los paradigmas (los modelos) establecidos hasta entonces son puestos en cuestión, en tela de juicio. Nietzsche afirma que “el hombre es una cuerda entre el animal y el superhombre.” El superhombre no es la raza aria superior a todas las otras, como algunos trataron de interpretarlo. El superhombre es quien reemplaza a “Dios muerto”, a los paradigmas existentes; o sea, lo que se afirma es que la humanidad puede cambiar y superarse a sí misma. Los seres humanos, según este pensamiento, no somos un todo acabado ni perfecto. Estamos poniendo en cuestión todo lo anterior: lo filosófico, lo religioso, lo cultural, lo científico, lo político.

El siglo XX nace con los buenos auspicios de la “belle époque” que domina en toda Europa. Pero al poco aparece la primera gran tragedia de ese siglo atroz. La Primera Guerra Mundial da al traste con el optimismo del siglo XIX. Aparece la negatividad junto a los 10 millones de muertos que nos dejó ese conflicto. A pesar de que al poco andar surge la postura filosófica de los existencialistas (representados por Heidegger que muere en el 76 y Sartre en el 80, entre tantos otros) según la cual todo se reduce a vivencias individuales, lo curioso es que ello no desemboca en un movimiento “existencialista” que determina el orden global, las relaciones internacionales, los movimientos políticos, la organización de lo social. Por el contrario, lo que surge son las “ideologías” que algunos definen como ese “conjunto de ideas sencillas destinadas a dar una idea global al hombre masa”. Así vimos el surgimiento del fascismo, el nazismo y el comunismo. Son ideas que aspiran a la totalidad, a la verdad única. La ideología funciona en función de consignas, de una unificación del pensamiento, de la formulación de un ideal utópi-

co, tras el cual todos son llamados y quienes no acudan a ese llamado quedan fuera y se transforman en enemigos a los que hay que destruir.

Derrotados el nazismo y el fascismo en 1945 y entrado el comunismo en su lenta fase de letargo final, es decir, cuando quedó patente que el comunismo real era la tragedia moderna de la comunidad imposible, se abrió a partir de los años 80 un ideologismo economicista: el exitismo (“el pobre es un fracasado”; se llegó a hablar de la inviabilidad de los pobres); el consumismo (hay que consumir mucho más de lo que se necesita, sometiendo la base de recursos naturales del planeta a tensiones insospechadas); el edonismo (hay que complacerse en los bienes materiales); la competencia (hay que masacrar al competidor: la vida no son los juegos olímpicos en los que se compite por competir). En un cierto sentido, la economía fue reemplazando a la política.

Desde el punto de vista de la organización de la “polis”, es decir, del modo como se estructura el cuerpo social en su dimensión política, en las postrimerías del siglo XX se supera la visión de que el orden social está fundado en la política o en el Estado. Esta visión encontraba sus raíces en los postulados de Thomas Hobbes, filósofo inglés del siglo XVII (1588-1679), quien plantea que los seres humanos establecen un pacto para evitar la lucha de todos contra todos, o sea, para superar el estado de naturaleza del “uomo uomini lupus” o el “hombre es el lobo del hombre”. De esta manera, la política se transforma en racional para dar nacimiento a un pacto que hace vivible y posible la vida en sociedad.

Al concluir el siglo XX, se comienza el tránsito hacia un orden social que se aleja del Estado para fundarse en la sociedad misma. El pensamiento pasa de la concepción del ingreso consensual del individuo en el Estado hacia los movimientos de agregación, de participación, de integración y de diferenciación social, donde la idea de democracia entra en un horizonte de universalización. Se está pasando de un modelo en el que, según Hobbes, la gente no tenía ninguna existencia fuera del Estado, a un modelo en que la gente está tendiendo a ser el verdadero soberano, el que ostenta el poder tanto en su materialidad como en su ejercicio. En resumen, hay un cambio en los actores sociales, en la política, la economía, en las ideas y en las relaciones sociales. Podemos decir que el siglo XX va colocando a la sociedad como sujeto de la política; va separando la política de concepciones sacras abriendo la participación a la sociedad civil; enarbola la tolerancia y el laicismo (separando a las Iglesias de los Estados); instauro el sufragio universal para hacer hipotéticamente posible la igualdad política y trae la democracia como regla y valor que tiende a universalizarse a pesar de

estar incumplida, como nos advierte el filósofo italiano Norberto Bobbio.

Y estas transformaciones del mundo nos sorprenden justo en el cambio de siglo. Estamos viviendo una crisis del paradigma o del modelo en el cual vivíamos hace sólo 20 años que se caracteriza principalmente a nivel sistémico por el triunfo del capitalismo sobre el comunismo, y por mutaciones de aquellas características que tipificaron el siglo XX. Me refiero a sus características materiales por el desarrollo vertiginoso de la actual revolución científico-tecnológica; sus características políticas por la aparición de partidos cada vez más instrumentales y menos ideológicos, sus características sociales donde concepciones de burgueses y proletarios suenan hoy a pan añejo y también por los cambios en la economía, hoy marcada por la globalización y la universalización del mercado.

El siglo XXI muestra rasgos nuevos que es necesario ir identificando. A manera de ejemplo:

-vivimos un tiempo que está marcado por la velocidad con la que se producen los cambios y por la dimensión planetaria que éstos adquieren;

-estamos pasando de un mundo de bloques a uno de interdependencia;

-estamos pasando de una era industrial a una post-industrial (reflexionemos en lo de internet: piénsese como ha cambiado la vida laboral de las personas en los últimos 10 años);

-estamos pasando de un mundo de ideologías políticas a un mundo carente de certezas;

-estamos pasando de un mundo en que imperaba la pasión por la política a un mundo del desencanto.

Volviendo a Nietzsche, a pesar de no estar viviendo en el reino del optimismo, la humanidad está hoy en condiciones de poder cambiar y superarse a sí misma.

Permítanme avanzar ahora hacia el punto de encuentro con el problema del hambre. Este panorama nuevo con el que estamos inaugurando el siglo XXI, a pesar de mostrarnos que hemos llegado a un posible punto de quiebra, no es ni con mucho un panorama róseo. Es evidente que nunca antes en la historia de la humanidad los seres humanos habíamos alcanzado el nivel de calidad de vida de la que hoy gozamos. Pero no es menos cierto que ese progreso se ha hecho a costa de sacrificar al extremo los recursos naturales del planeta (piénsese en toda la discusión de estos días sobre el cambio climático); de impulsar un modelo que

lleva implícito que el éxito se logra a costa de dejar a una parte importante de la humanidad debatiéndose en condiciones de extrema pobreza y de hambre y marginada de los beneficios; con unos sistemas de educación formal muy deficitarios para la gran mayoría; con niveles de mortalidad infantil inaceptables para los tiempos en que vivimos; con condiciones laborales que afectan a adultos y niños y que no se condicen con los derechos de los trabajadores y de la infancia. Y todo ello sin hablar de otros problemas como la drogadicción y la delincuencia, la corrupción, discusiones éticas sobre la vida y la muerte (el aborto, el SIDA, la eutanasia, la pena de muerte), los derechos de las minorías, o los derechos de género, o de libertad de opción sexual, o de igualdad de derechos y oportunidades para las razas, o para el libre ejercicio de las religiones. En este marco yo quiero referirme al derecho a la alimentación que representa paradigmáticamente uno de los dilemas más importantes con que se enfrenta la humanidad en la actual encrucijada.

Hoy vivimos en un mundo donde las prioridades están muchas veces invertidas, apoyándose en la cabeza en lugar de en los pies. Dos píldoras, a modo de ejemplo: el dinero que el mundo destina a gastos militares durante once días alcanzaría para alimentar y curar a todos los niños hambrientos y enfermos del planeta y sobrarían 354 días para el noble oficio militar. Por otra parte, las tres personas más ricas del mundo poseen un patrimonio superior a la suma de los productos internos brutos de los 48 países más pobres de la tierra.

Pero veamos las cifras del hambre. Hoy sabemos que la tierra produce alimentos para los más de 6.500 millones de habitantes que componen la población mundial, pero tenemos más de 850 millones de hambrientos sobre la tierra. Es decir, el 13% de la población. ¿Dónde habitan estas personas? 820 millones en los países en vías de desarrollo, 25 en los llamados países en transición y 7 en los países desarrollados. De los 820 millones, 524 son asiáticos, 206 son africanos al sur del Sahel, 52 son latinoamericanos y 38 están en países árabes del Cercano Oriente y el Norte de África. Si se piensa en términos proporcionales, el continente más afectado es África: 1 de cada 3 africanos sufre de subnutrición crónica.

¿Quiénes son los afectados por el hambre? En general, se trata de las personas más pobres de la tierra. La pobreza es una causa directa del hambre en todo el mundo. No es que no haya alimentos. Lo que no hay es dinero para comprarlos. En su mayoría, quienes sufren de hambre son niños y mujeres que habitan en las zonas rurales más marginadas, más pobres, de suelos más erosionados, de condiciones ambientales

más débiles. Son campesinos pobres, pescadores artesanales, habitantes de zonas urbanas marginales, refugiados, personas discapacitadas, población indígena tanto urbana como rural.

En 1996 se celebró en Roma la Cumbre Mundial sobre la Alimentación. A ella asistieron 186 países encabezados por sus Jefes de Estado o de Gobierno y se adoptaron siete compromisos básicos para la lucha contra el hambre. El más importante era reducir a la mitad para el año 2015 la cifra de 830 millones de personas afectadas por la subnutrición crónica en los países en desarrollo. O sea, la meta del 2015 es llegar a 415 millones. Hasta ahora ha habido progresos. Por primera vez en la historia de la humanidad, la curva de disminución del hambre es absoluta: hoy hay menos gente que sufre de hambre en el mundo entero y, por lo tanto, también su porcentaje ha disminuido significativamente. Sin embargo, el grado de avance es muy insuficiente. Al paso que se progresa no llegaremos a la meta del 2015. Estamos reduciendo la cifra de gente afectada por hambre en menos de un millón de personas al año, en circunstancias que permitirían hacerlo a un ritmo de cuarenta millones por año.

El llevar adelante una lucha frontal contra la pobreza - que es la forma de erradicar el hambre - no sólo se justifica por razones humanitarias, o de equidad, o de justicia social. Hay también una racionalidad económica que le da plena razón de ser. El costo económico del hambre y la malnutrición, puesto de manifiesto en la pérdida de productividad, las enfermedades y las muertes, es extraordinariamente elevado. La subnutrición reduce considerablemente la capacidad física, el desarrollo cognitivo y los logros en el aprendizaje, todo lo cual da lugar a una menor productividad. No sólo arruina la vida de las familias y las personas, sino que también reduce la rentabilidad de la inversión en el progreso social y económico. Hacer posible que las personas pobres salgan de la pobreza implica una mayor productividad agrícola, mayores ingresos familiares netos, mayores posibilidades de empleo, mayores tasas de ahorro, mayores actividades de mejora de la comunidad, adquisición de nuevos conocimientos prácticos y una mejor calidad de la vida.

En resumen, el problema del hambre tiene solución. Existen los alimentos para todos, pero es necesario mejorar el acceso a ellos. Cada año aumenta la población mundial, pero también aumenta la capacidad de producir más con la misma base de recursos naturales. Los mejoramientos tecnológicos nos hacen mirar con optimismo el futuro. Pero para que la erradicación del hambre sea una realidad, se requiere de una mayor cuota de voluntad política para resolver el problema.

Voluntad política de los países desarrollados para colaborar solidariamente con los países menos avanzados. Voluntad política de los países en vías de desarrollo para dar una lucha frontal contra la pobreza dando mayor gobernabilidad a sus propios países.

Hecho el recorrido que hemos hecho, es decir, un recorrido general sobre el pensamiento filosófico del siglo XX, un atisbo sobre las condiciones políticas del mundo actual, y un análisis somero sobre el problema del hambre como un fenómeno paradigmático, o sea, como un ejemplo, podemos ya acercarnos hacia la conclusión de esta exposición hablando de las perspectivas del siglo XXI. Para ello retorno a la hipótesis originaria de esta presentación. Estamos en un cambio de época y no en una época de cambios. En lo político, terminados los bloques, estamos inaugurando un tiempo largo de interdependencia en la que se buscarán equilibrios que eviten conflagraciones al estilo de las que vivió el siglo XX. En lo militar, no se contrabalanceará el poderío unipolar estadounidense, por lo que los conflictos se centrarán en las zonas críticas alejadas de los centros de poder económico: el conflicto del medio oriente, conflictos en zonas de nacionalismo creciente (naciones emergentes de la ex-Unión Soviética, de la ex-Yugoslavia, de algunos países de Asia como Indonesia y de diversos países africanos), y conflictos de orden religioso en zonas de florecimiento de religiones integralistas (Afganistán, Irán, Irak, Argelia, entre otros). En lo económico, se consolidan tres dinámicos polos de desarrollo: Estados Unidos con sus tradicionales áreas de influencia, la Unión Europea con sus aliados naturales y Japón con las nacientes economías industrializadas del Asia.

Pero un rol central en el devenir del siglo XXI estará radicado en la economía. El avance de la globalización está siendo el elemento distintivo de esta nueva época. Seguiremos caminando la senda de una mayor apertura comercial, de liberalización de los mercados financieros y de los flujos de capitales con el exterior, y el protagonismo de la iniciativa privada en la producción y provisión de bienes y servicios. Con la globalización hemos evolucionado desde una suma de economías nacionales vinculadas por flujos de comercio, inversión y financiamiento, hacia la constitución progresiva de una red única de mercados y producción. La reaparición de crisis cíclicas en los sistemas económicos conducirá a una mayor capacidad institucional para manejar las crisis, evitando graves descontroles macroeconómicos. Pero la globalización lleva enquistada en sí misma los gérmenes de su autodestrucción si no se pone atención a sus graves consecuencias sociales y a la cada vez mayor insatisfacción con los resultados de las reformas y el aumento de las tensio-

nes distributivas, causados por las disparidades de ingresos entre individuos pobres y ricos y entre países pobres y ricos.

Si bien es cierto que lo económico es lo dominante, será en la gobernabilidad y en el fortalecimiento de la democracia donde se basará el progreso del ser humano en el siglo XXI. Hablé antes de que la democracia entraba en un horizonte de universalización. No hablé de exportación de la democracia como es conocida en los países occidentales avanzados. La democracia debe necesariamente adaptarse a las condiciones de existencia de los países en vías de desarrollo. Lo importante es que se respeten las reglas que condicionan su calidad y su carácter. Me refiero a:

- 1° el consenso;
- 2° la competencia: las opiniones deben confrontarse entre ellas;
- 3° el principio de la mayoría: se cuentan las cabezas sin cortarlas;
- 4° la minoría: no se está fuera de la “polis” pudiendo haber alternancia en el poder;
- 5° el control de la democracia;
- 6° la legalidad: no sólo se hacen las reglas, sino que el sistema se funda en su respeto;
- 7° la responsabilidad: se reivindica cualquier interés particular, pero se apoya en el interés general de la sociedad.

Y también es importante que se acepten los valores de la democracia, en primer lugar la tolerancia y la superación de los fanatismos, en segundo lugar la no violencia, y por último el ideal de renovación gradual de la sociedad a través del libre debate de las ideas.

Y lo anterior me lleva a señalar un punto no menor: el cultural. En la última década se ha hecho espacio en el campo de las relaciones internacionales el concepto de Huntington del “choque de civilizaciones”, según el cual la fuente fundamental de conflictos en el universo posterior a la guerra fría no tiene raíces económicas o ideológicas, sino más bien culturales. A medida que la gente se vaya definiendo por su etnia o su religión, nos advierte Huntington, Occidente se encontrará más enfrentado con civilizaciones antagónicas que rechazarán frontalmente sus más típicos ideales: la democracia, los derechos humanos, la libertad y la soberanía de la ley. Esta visión que ha hecho su caballo de batalla de los preconceptos, de la agitación de fantasmas como el de la migración, y de la resurrección del espíritu de las cruzadas, desgraciadamente ha predominado en la primera década del siglo XXI, trayendo nefastas consecuencias para toda la humanidad. Hoy vivimos un mundo mucho más inseguro que el de hace unos pocos años atrás.

Se podrá estar en acuerdo o en desacuerdo con lo que aquí he planteado, pero permítanme repetir con mucha fuerza un concepto que afirmaba Jacques Delors como último elemento para la reflexión: “el fundamentalismo religioso y cultural sólo puede ganar terreno utilizando en beneficio propio los problemas contemporáneos: el subdesarrollo, el desempleo, las desigualdades más flagrantes” de las que forman parte el hambre y la pobreza.

Muchas gracias.



El Aula Magna de la Universidad registró una importante presencia de público atento a la intervención de D. Germán Rojas, que nos ilustró sobre la situación de hambre y pobreza extrema en que se encuentran más de 820 millones de personas en el mundo de hoy.

